

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 18 DE NOVIEMBRE DE 1923

NÚM. 20.220

= APUNTES =  
DE UN VIAJE

## EN EL MUSEO DE LEIPZIG



o es este Museo de pintura y escultura de Leipzig, ni con mucho, uno de los museos «consagrados» de Europa; y a nadie se le ocurrirá venir aquí con el único propósito de visitarle, así como acuden mu-

chos, verbigracia, al delicioso y vecino barroquismo de Dresde, para rendir culto a su famosa galería. Empero, hemos encontrado aquí, aparte algunas obras de interés muy grande, dos o tres «ejemplos» de emoción honda y perdurable. Y bien valen éstos la pena de unos minutos de reflexión.

### El retorno a la vida

Lucas Cranach: el más torpe quizás de los pintores de su época (1472-1553), el más rústico seguramente de sus contemporáneos, si pensamos, frente a estas Venus pesadas, con rostro, muñecas y tobillos de aldeanas, y expresión desprovista del más mínimo asomo de espiritualidad, en las figuras ultrarrefinadas y sensibles con que Florencia agrandaba el mundo. Pero son Venus, es decir, son un himno a la belleza triunfante, un canto a la vida. Y la Alemania de fines del siglo XV y de principios del XVI no era contemporánea de la Toscana de entonces, entregada de lleno, bajo el aparato de las pompas eclesiásticas, al paganismo de las cortes humanistas, sino de la Europa aún sumida en pleno es-  
crúpulo teológico medioeval y abrumada bajo los temores del rigorismo luterano.

Veamos la pintura germana de aquellos tiempos, tan ajena a toda exuberancia sensual... Y recordemos el *retorno a la vida*, en que Walter Pater ha definido el Renacimiento, situando sus primeros pujos en la poesía profana medioeval de Francia y de Italia, en la reaparición de Venus, no muerta, sino dormida en sus cavernas del Venusberg. Y estas figuras toscas, inarmónicas, de Lucas Cranach se iluminan, de pronto, ante nosotros con el resplandor de toda la belleza clásica a que torpemente, sí, pero fervorosa e ingenuamente, tendían. Ya pueden los críticos sesudos venir a decirnos que estas «Gracias» carecen del ritmo más elemental, y ya puede la ironía de buen gusto mofarse de los extravagantes sombreros de terciopelo rojo con que el bueno de Cranach cree oportuno adornar una de sus divinidades del Olimpo, para asemejarla, sin duda, a alguna de las ricas burgravas cuya elegancia le deslumbraría; no sabremos ya fijarnos ni en las naricillas excesivamente coloradas de estas beldades (el modelo estaba, sin duda, constipado, y la probidad del artista no se atrevió a enmendar la plana a la Naturaleza), ni en su talle, excesivamente ancho, de robustas matronas germanas. Con toda su rusticidad (conmovedora como la torpe sonrisa con que algunas vírgenes góticas ofrecen una manzana al Niño) Lu-

cas Cranach se nos aparece aquí como la más vibrante encarnación del retorno a la vida en Alemania; él fué el primero en sentir, desde el fondo de las oscuras catedrales, el aliento de aquel soplo de belleza pagana que sacudía los espíritus hacia el Sur, y sin cuidar si su robusto, pero estrecho, realismo servía para tal empresa, se fué derecho al monte sagrado, y de un empujón derribó el muro que tapiaba la caverna de la diosa.

### El romanticismo, momento perfecto

Böcklin: la «Primavera» y «La isla de los muertos». Para llegar hasta estos cuadros hemos tenido que atravesar salas y salas repletas de pintura seudoclásica unas, y de pintura seudomoderna otras. Transmisión rutinaria de fórmulas de escuela, las primeras; imitaciones más o menos aprovechadas, y siempre faltas

de originalidad de las escuelas post-impressionistas francesas, las segundas. ¡Qué honrado, qué amplia y estrictamente honrado se nos aparece luego el viejo Böcklin! Pasó su época; la «Primavera», con sus amorcillos revoloteando entre las ramas, y la alegoría de sus tres figuras femeninas (dos desnudos establecidos según la pura fórmula académica del contrapeso de los miembros inferiores con respecto a los superiores, y



UNA «NEÑA», DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO, POR GERMÁN HORACIO



# LOS POETAS

## Letra muerta

¡Oh, viejo pedagogo displicente,  
no podré perdonarte mientras viva!  
Tuya es la culpa de que yo no escriba  
versos en buen latín, clásicamente.  
Como eras un lingüista tan sapiente,  
todo tu latinismo se te iba  
en decir si en activa o en pasiva  
hablaba Dido de su musa ardiente.  
A mi espalda, un balcón a la belleza  
se abría de la playa, y la cabeza  
yo no osaba tornar, con el divino  
cisne de Mantua, ¡oh, dómine!, enojado,  
¡cuando tan bien se hubieran concertado  
su verbo y la visión del mar latino!

José PEREZ BOJART

## Salutación al Otoño

Otoño, melancólico marqués con alcázar,  
que vienes prodigando tu oro y tu tristeza  
como un lord con spleen: Mi alma te presiente  
llegar en tu litera de pena y de belleza.  
La fuente ensaya un aire de Mozart, para darte  
el lírico saludo que exige tu elegancia.  
Para copiar tus vestes, los pinceles del Arte  
se aprestan. Y las pomas aspiran tu fragancia.  
Y yo, para olvidar, he venido a La Granja  
— como a un exilio un rey que renuncia a las guerras—  
y aquí te aguardo, Otoño, bajo este amable sol  
que boga sobre un lago de menta y de naranja...  
Ayer se fué la última golondrina a otras tierras,  
y hoy vino, precediéndote, tu amigo Rusiñol.

Juan G. OLMEDILLA

la tercera, prototipo de la *pasión romántica*, túnica, negra cabellera suelta, expresión de arrobo y gruesos collares sobre el cuello, blanco y abultado «de paloma», la «Primavera» resulta hoy de un sentimentalismo flojo, que despierta, ante todo, en las nuevas generaciones una piedad harto irónica; y «La isla de los muertos», con su arquitectura de ópera, sus cipreses y el lento avanzar de la barca fantomática por el agua verdosa, se halla más lejos de nosotros que cualquier pintura extremoriental. Y sin embargo, ¡qué encanto y qué emoción en estas obras! Y es que nos ofrecen el espectáculo más exquisito que puede dar la obra de arte: el de la *perfección del momento*.

Noño, cursi, si se quiere, de un sentimentalismo teatral y un efectismo sensiblero, Böcklin representa verdaderamente una época, y la representa *universalmente*. Estamos ya demasiado distanciados del momento romántico, y nos encontramos todavía demasiado cerca de sus efectos directos para poder apreciar debidamente su espíritu y colocar en su justo sitio, en nuestra pinacoteca ideal, una cualquiera de sus manifestaciones; pero unos cuadros que encarnan exaltadamente este espíritu, encontrados al azar de una visita a un museo lejano y heterogéneo, son un descanso y, en cierto modo, un refugio que agradecemos con emoción. Dan la pauta de algo *completo*, de algo que tuvo que ser y que fué tal como debió. Y Böcklin, natural y justo en su tiempo, como el romanticismo, se nos impone, como este, *momento perfecto*.

### El sentimiento, supremacía del oficio

Después de Böcklin, el lirismo desprendido de la tierra, Segantini, el lirismo infundido a este mundo. ¿Quién dijo que el modernismo pictórico no pasaba de la retina y de las manos? No ha habido después de la revolución impresionista modalidad pictórica tan rotundamente vuelta de espaldas a la escuela, tan rotundamente negativa de la atmósfera irrespirable de los estudios cerrados, como ésta del pintor de la Maloja, ebrio del aire de sus montañas y a quien sus montañas supieron enseñar todos los recursos de la técnica, más agudamente moderna. Este «Fruto del Amor», tan fresco, tan diáfano, tan puro como constantemente bañado en la atmósfera inmarcesible de sus Alpes, ¿no es cierto que es la verdadera «pintura al aire libre», la pintura sin sombras preconcebidas ni espesas?

Sólo luz, aire fragante, sabor a carne sana, como fruta escogida, nos dice la visión de este cuadro pequeño—uno de los más grandes del Museo!—. Como el espíritu renacentista era el retorno a la vida, es esta pintura de Segantini la encarnación del *retorno a la tierra*. ¡Fuera ya las decoraciones de ópera y la grandilocuencia como lenguaje cotidiano! Ahora las diosas del Olimpo y las Vírgenes de las vidrieras góticas están todas en una mujer humilde que apoya resueltamente sus pies desnudos en la yerba húmeda de rocío matutino, y en torno a este nuevo «Fruto del Amor», todo tiene claridades de aurora y de anunciación.

¿Quién dijo que los refinamientos técnicos de la pintura moderna ignoraban el sentimiento que hace de la obra de arte la más honda y depurada manifestación de la sensibilidad? Ahora que Segantini nos lo demuestra: para imponerse, el sentimiento en el arte tiene que apoyarse en un oficio perfecto y dominarlo: ser su supremacía.

Margarita NELKEN

## LOS CLÁSICOS Juan de la Encina

YO ME ESTABA REPOSANDO.» Reposando y durmiendo, como suele, se está el trovador en el castillo, componiendo villancicos y romances, piropeando a las doncellas, charlando con los hidalgos en el átrio de Santa María y yendo todas las tardes al jardín que está en la vega. Pero una tarde ve una mocita; los ojazos azules tienen un cerco dorado; la barbilla saliente, descansa en un cucllo más blanco que la leche; los senos, duros y apretados, se afirman graciosamente detrás del juboncillo. Se llama Rosa, y el juglar la llama Rosa Fresca; es una humilde criada de los duques, y él la dice su señora; es una chiquela aturdida, loquilla, mimosa, Rosa Fresca, y el poeta se indigna porque a la causadora de su desventura, ignorante de la llaga que ha logrado abrir en el alma del músico, un poco viejo, un poco canoso ya, se le da una higa de los sobresaltos y dolores del infeliz amante.

Y va creciendo la pasión en su pecho, y todos la conocen menos Rosa Fresca, y el poeta, pensando en la niña, se levanta de la cama «muy sin tiento», y a todas horas vive «cercado de pensamiento» Juan de la Encina. A su lado, teniendo compañía, está la muerte; pero a él no le importa morir, sino vivir sin amor:

Servía yo a una señora,  
que más que a mí la quería,  
y ella fué la causadora  
de mi mal sin mejoría.

Esta noche no ha dormido nada el poeta en el castillo. La aurora extiende sus cabellos rubios—anchos y húmedos como los de Rosa Fresca—sobre la vega. El juglar sale de su estancia, recorre unos pasillos, descende unas escaleras y se dirige

... do moraba  
aquella que más quería.

Pero Rosa Fresca duerme, duerme a pierna suelta. Sobre la boquita, roja y breve, se dibuja una sonrisa de serafín. Los brazos, blancos y gordos, se muestran con abandono sobre los lien-zos de la cama. A cada «suspiro congojoso» del viejo amante, contesta la niña con el ruido franco y abierto de su respiración normal.

Y las luces de la mañana entran ya con descaro en la cámara de la doncella. «Esclaresce tanto», que el juglar teme ser sorprendido por los pajes y criados madrugeros del castillo. Juan de la Encina, hombre grave, maestro de capilla en la catedral salmanticense, no quiere ser sorprendido en estas andanzas, que repetirá mañana, que repetirá todos los días.

Y sin ruido, torna el poeta a su estancia. Un criado le sorprende, tal vez, en el camino. Juan de la Encina se atrinchera en una excusa que no es del todo creída. Su «gran tristura» no le cabe, de tan grande como es, en el corazón. Y el músico de capilla acaba unos versos que comenzara anoche:

En estas cuitas estando,  
como vi que esclarecía,  
a mi casa, sospirando,  
me volví como solía.

«MI LIBERTAD EN SOSIEGO.» Ahora vive en el pueblo, en su pueblo de vacaciones, el donoso trovador. ¿Es de Encinas de Abajo el poeta? ¿Es de este pueblo acurrucado en una ringlera de olmos, lleno de viñas, espejado en el Tormes, de horizonte limpio, que remata, por un lado, con el monte de Carpio, y por otro, con los oteros y lomas de Babiafuente? ¿O es del lugar de Encinasola de los Comendadores, achaparradete, hosco, polvoriento y pajizo? Los eruditos, los señores eruditos no lo saben...

Juan de la Encina ha huido de la escuela desde los calores de San Juan hasta las vendimias de San Miguel. Le gusta la visión de las parvas en las eras; los trilladores, sudorosos, jadeantes, cantan largas melopeas, que riman con el trote cansino de las mulas viejas al pisar el grano; las muchachas rezuman y desprenden de sus poros el aroma del trigo maduro que se encera.

Como unas locas, tiran las muchachas las haces del grano sobre las parvas; ríen, cantan, juegan, se caen, se levantan, muestran al aire sus brazos rollizos, y sus cabellos, mal sujetos, les caen a lo largo de la espalda. El poeta no se harta de mirar. Y aquella imagen de Rosa Fresca, tan viva en su espíritu antiguo, es ya una sombra borrosa y sin contornos.

Los campos, la trilla, las alboradas con cantares de labriego, y las noches de julio con el polvo de luz que levantan las estrellas en su carrera, han vuelto «descuidado» el corazón del poeta y han dejado su libertad en sosiego. No nos fiemos demasiado del poeta. Apenas han transcurrido unos días, cuando ya siente su fortaleza cercada por nuevos amores.

Su fe, que era el alcaide de ella, ha entregado sus llaves, prematuramente, al recién llegado amor. Otra moznuela, como aquella ninfa del castillo, le persigue ahora. (Ojos negros, cabellos de endrina, faz roja y curtida, boca fresca, brazos rollizos, senitos insinuantes y apretados, carne maciza, morena, dura, de labradora afanosa, tiene la doncella.)

«Dos mil sospiros», nada menos, y nada más que «dos mil sospiros», le cuesta al trovador la morenita. Y ya no puede defenderse del nuevo hechizo.

Cuando quise defenderme,  
ya estaba todo tomado.

Y cautivo de sus males de amor, Juan de la Encina vuelve a Salamanca a cantar a los escolares revoltosos y atropellados las excelencias de la música y de las trovas, en el silencio y en la oscuridad de una capilla.

«POR UNOS PUERTOS ARRIBA.» Un caballero «astimado de tristura», camina puerto arriba, hacia una montaña fragorosa y abrupta. El caballo, cansado de trotar días y días, ha caído muerto en el camino; pero el caballero, abandonando la pobre bestia con melancolía, sigue caminando de sierra en sierra, sin retroceder jamás. Vestido de luto, «con las manos añudadas», los ojos en tierra y suspirando de continuo, no ve la hermosura del paisaje, ni aspira el perfume de las flores silvestres, ni se da cuenta del frescor de las matas. Sin volver la vista atrás, sigue caminando siempre. «La amiga» acaba de despedir al caballero; recreándose en ella, recordándola en la soledad del camino, no come, ni bebe, ni sosiega. La tristeza que le invade tiene una dulzura infinita:

¿Quién te trajo, caballero,  
por esta montaña oscura?  
¡Ay, pastor, que mi ventura!

Con esta villancico remata uno de sus últimos romances Juan de la Encina. Eternamente joven, sabe calentar con una sonrisa las nieves de su vejez el trovador. Los recuerdos de mocedad, los ojos azules de Rosa Fresca, los negros de la guapa labradora, alumbran su ascensión hacia la oscura montaña de la muerte.

Así, sus versos tienen la perenne frescura del rocío de la mañana, y huelen hoy mismo, después de cuatro siglos de existencia, a romero y a mejorana, eterno perfume de los campos salamanquinos que vieron nacer al poeta.

José SANCHEZ ROJAS



# EL ESCULTOR IMAGINERO QUINTÍN DE TORRE

Ya era hora de que un escultor como Quintín de Torre, sin dejar de acudir a las Exposiciones nacionales o a otras colectivas, con una o dos obras—modelos no siempre muy justos de su talento—se nos ofreciera en aquellos aspectos por que fue pasando su arte, hasta constituirle hoy en una personalidad definida e inconfundible. No diremos que su caso, en cuestión, tenga circunstancias que lo abonen; él, y lo mismo cualquier artista de provincias de esos que hay bien dotados, comprenderán que el ambiente artístico de Madrid, con todos sus defectos, está abierto para quien traiga cosas dignas de estimación, y que, a modo de resonador, se encarga de difundir las reputaciones logradas dentro de su seno.

Nada más engañador en ciertas poblaciones españolas que el prejuicio que acerca de un Madrid malsano, por lo insustancial, liviano o vernal, existe. El buen acogimiento que al artista forastero suele dispensarse, se manifiesta cada vez con más inequívocas pruebas de consideración y afecto.

Quintín de Torre ha podido apreciarlo. La exposición de sus esculturas policromadas viene a «consagrarle»; la crítica, en general, ha visto en ellas diversas cualidades positivas de un temperamento a la par enérgico y exquisito.

En la nota preliminar del catálogo, el culto escritor Pedro Mourlane Michelena nos habla de que Quintín de Torre intentó en su adolescencia «apresar la gracia de los antiguos, que es a la vez de mármol y de espuma», y que aprendió de griegos y de toscanos «la claridad y el ejercicio melodioso de la medida». Más tarde convivió en París entre el disturbio de las escuelas, transcurriendo su mocedad solicitado por las encontradas orientaciones de Max Klinger y de Mestrovic. De vuelta en España, se sintió de su país y de su raza.

«Nos hacía falta el escultor que introdujera otra vez en sociedad a los santos de palo. Ya don Diego de Oñate, en su *Ataúta*, escribió para siempre más o menos: «La taracea es para artesanos borgoñones si no morunos. Nuestro juego es sesgar, y con ahínco, el bulto. No tallamos sino contorciendo el entorno. Hasta el habla la hacemos con gubia, modulando la espira hasta ponella a gemir.»

El escultor, sensible por igual a las dulzuras renacentistas y a los arrebatos barrocos, se dió plena cuen-



DOLOROSA (ALABASTRO)

ta, viajando por España, del carácter verdadero que revela nuestra plástica. La primera estación en tierra de Castilla, a que todo fiel artista está obligado, es Valladolid. Allí, ante las creaciones de Berruguete, de Juni, de Becerra y de Gregorio Fernández, principalmente, se adquiere un concepto de grandiosidad incompatible con fríos academismos; allí es donde cabe encontrar los elementos de la tradición, de una tradición en que se encarna el alma popular, sentimental sobre-

manera, exaltada en la devoción religiosa, con un calor, en suma, de viva humanidad. Después, la peregrinación a Andalucía, cuyo espíritu se condensa en las esculturas de Martínez Montañés, Alonso Cano, José de Mora y Pedro de Mena, por no citar más que las figuras principales. Y en el Norte, en el centro o en el Sur, además, la vasta serie de ejemplares con nombre de autor poco celebrado o humildemente anónimos; fondo común de la tradición que perdura en retablos, en imágenes aisladas, en tallas. Esto, de una parte, que de otra, la escultura funeraria colmará las medidas al más descontentadizo.

No nos mueve ningún deseo de defender el nacionalismo artístico; pero tratándose de una realidad substancial, es de ley el destacarla, que a la postre nos diferencia y nos presenta a los ojos del mundo con marcada originalidad.

Más la cultura que pueda asimilarse con la admiración y el estudio de lo antiguo, no por antiguo, sino por bueno, sólo se ha de tomar por punto de arranque para la producción en armonía con los gustos actuales.

Lo que las ideas y las formas conserven de expresivas, triunfando de las modas, será lo aprovechable en calidad de fermento.

Quintín de Torre, que comenzó su carrera de escultor cediendo a la vocación, tras de saber lo que es el arte europeo y de practicarlo, ha ido desprendiéndose de lo pegadizo e indiferente para reconcentrarse. Un proceso de sana españolización se ha operado en él, suscitado por ansias propias y fecundas, no por cálculos de imitación, exteriorizada con el exclusivo propósito de conquistarse un público indocto y sugestionable. Así, de escultor, de escultor sumiso a las fórmulas de Constantino Meunier, o de Max Klinger, acaba en imaginero español. Porque de imaginero son estas tallas y estos bustos de mármol en que se trasluce una emoción profunda; el artista se recrea con sus más íntimos sentimientos y cifra su trabajo en inmortalizar la materia con arreglo a los dictados del pensamiento que a la condición de productor se le alcanza.

La policromía con que acentúa la vida de sus obras es una nota de españolismo o de casticismo. Se ha abusado tanto de ambos términos, que, al emplearlos, nuestra pluma lo hace limpiando de equívocos. Algún maestro de la crítica artística ha declarado que en el temperamento español hay una propensión al color, sacrificando lo que sea pura forma: la escultura, y aun la arquitectura, entre nosotros, propenden a la pintura, en fuerza de claro oscuro, acusado con brio; llévase, en cambio, la pintura a participar de las dos artes hermanas, por entenderse que así se consigue un mayor efecto de realidad.

Quintín de Torre, escultor e imaginero, guíase por el tono patético.

Puestos a señalar defectos, acaso declararíamos que el retratista no nos inspira la simpatía que el libre comentador, que el imaginero, ajeno al encargo y desligado del modelo burgués.

La *Dolorosa*, la *Verónica*, el *San Pedro* y el *San Juan*, últimas modulaciones, no desmienten el aire de casta y resultan modernas. Labradas como las de antaño, se identifican con los sentimientos de la época presente. El vino nuevo en las odres viejas; el pensamiento nuevo, o renovado, en la técnica concienzuda de los clásicos. He aquí, lector, glosado, el arte con que Quintín de Torre domeña la materia.

Angel VEGUE Y GOLDONI



DESENCANTO (MÁRMOL)



LA VERÓNICA (MADERA POLICROMADA)

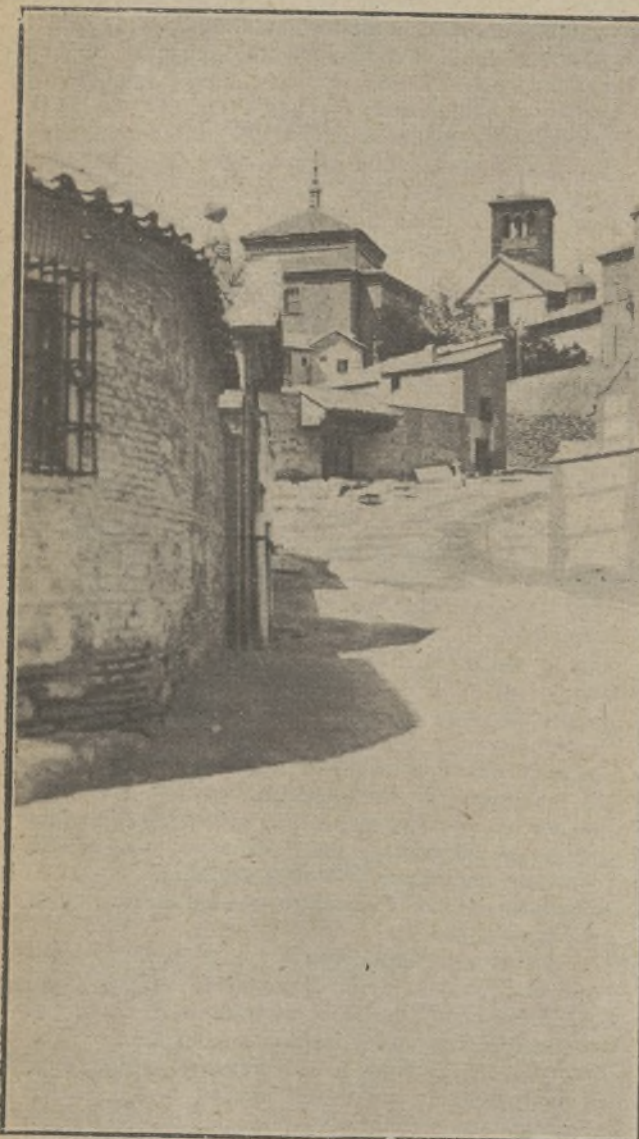




EL MÁS BELLO RINCÓN  
= DE ESPAÑA =

# TOLEDO, COMO PAISAJE

DE NUESTRO CONCURSO  
= DE FOTOGRAFÍAS =



Núm. 23.—Del viejo Toledo. Lema: Tajo.

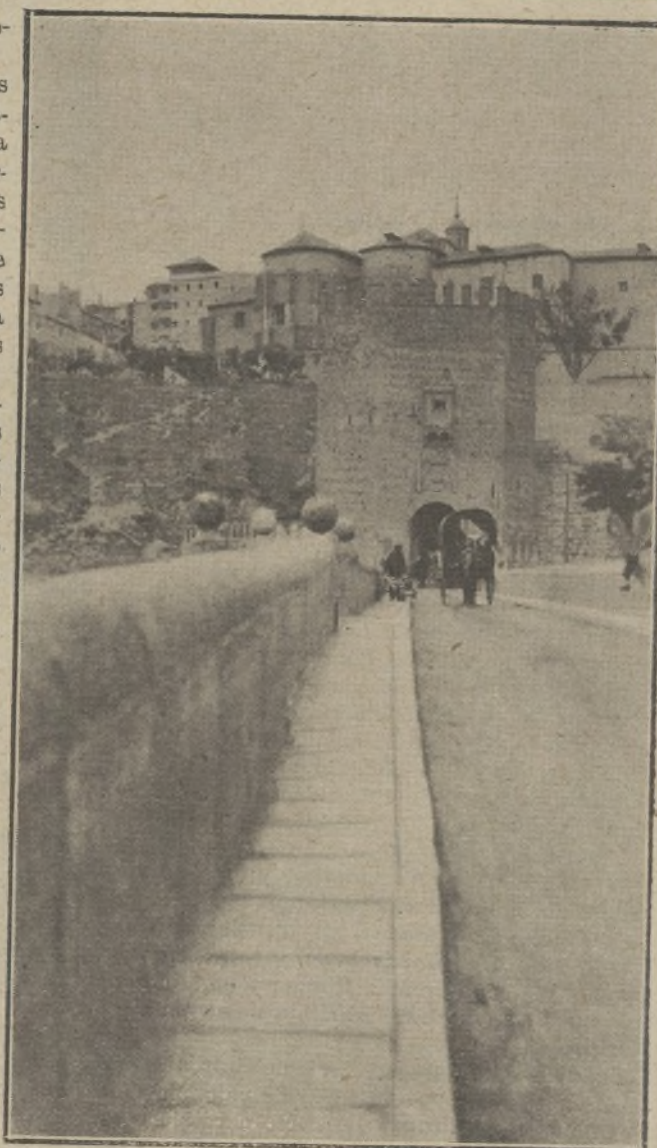
mortales elementos de belleza: peñas, árboles, fieros torrentes o murmurantes arroyuelos.

Pero este fotógrafo psicólogo, que nos ofrenda unas vistas de Toledo, advierte que si Toledo, imperial y metropolitana, capitalidad provinciana y escuela de la Infantería, no puede ser considerado «bello rincón», Toledo, como paisaje, visto desde sus ásperas y bravas cercanías, contemplado desde sus cigarrales y sus dehesas y sus cotos, sirviendo de horizonte al valle que con el curso del Tajo se va extendiendo hacia el oasis de Aranjuez o hacia la sierra de Guadalupe, es una de tantas bellezas como hay en España, desconocidas o injustamente desdeñadas.

La fama de la ciudad; el bullicio de la gente mocetril que en ella forja su temple bélico, como en las aguas del Tajo se temple el acero de las espadas; la admiración que es forzoso mostrar ante sus monumentos religiosos y sus ruinas históricas; la devoción del genio del Greco, que parece ungir a la ciudad entera de un singular misticismo; la turbación que produce, aun en los ignaros, ver surgir la grandeza pasada de las murallas derruidas, de los ladrillos carcomidos, de los hierros mohosos, de las maderas apolilladas, porque en Toledo todo parece tener vida y todo parece hablar del ayer de poderío en los monarcas y del poderío en el pueblo, que llenaba los talleres de los que el conanero Padilla pudo sacar en un solo día veinte mil hombres para llevarlos a Villalar en defensa de las libertades ciudadanas; cuanto constituye el alma compleja de Toledo contribuye a amenguar la fama que deberían gozar los bellos rincones que lo rodean.

Tres mujeres parecen atraer la atención hacia estas afueras toledanas. Florinda, que se bañaba al pie del puente de San Martín cuando la vieran los ojos, infantes a España, de don Rodrigo, el rey liviano; la princesa Galiana, para quien su padre, el rey moro, alzara los palacios donde hoy es Huerta del Rey, y aquella otra que el poeta Zorrilla viera caminar, doliente, hacia la ermita de la Vega para pedir al Cristo fuera testigo del juramento olvidado...

Almendros, olivos y albaricoques coronan las lomas que en la orilla izquierda del Tajo se alzan frente a la ciudad. El arzobispo Quiroga supo encontrar allí el apacible retiro que puede apetecer para su descanso un poderoso magnate; otros hombres famosos le imitaron: Tirso de Molina, encontrando en aquellos poblados breñales el argumento de una de sus obras, esparció por el mundo la fama de los cigarrales de Toledo. En sus umbrías se alzan palacetes y casas de recreo, donde no desaparece la visión de grandeza, dominio y poderío de esta eterna ciudad toledana, asentada sobre siete colinas, como la Eterna Roma. Como tajado por ti-



Núm. 24.—Puente de Alcántara. Lema: Tajo.

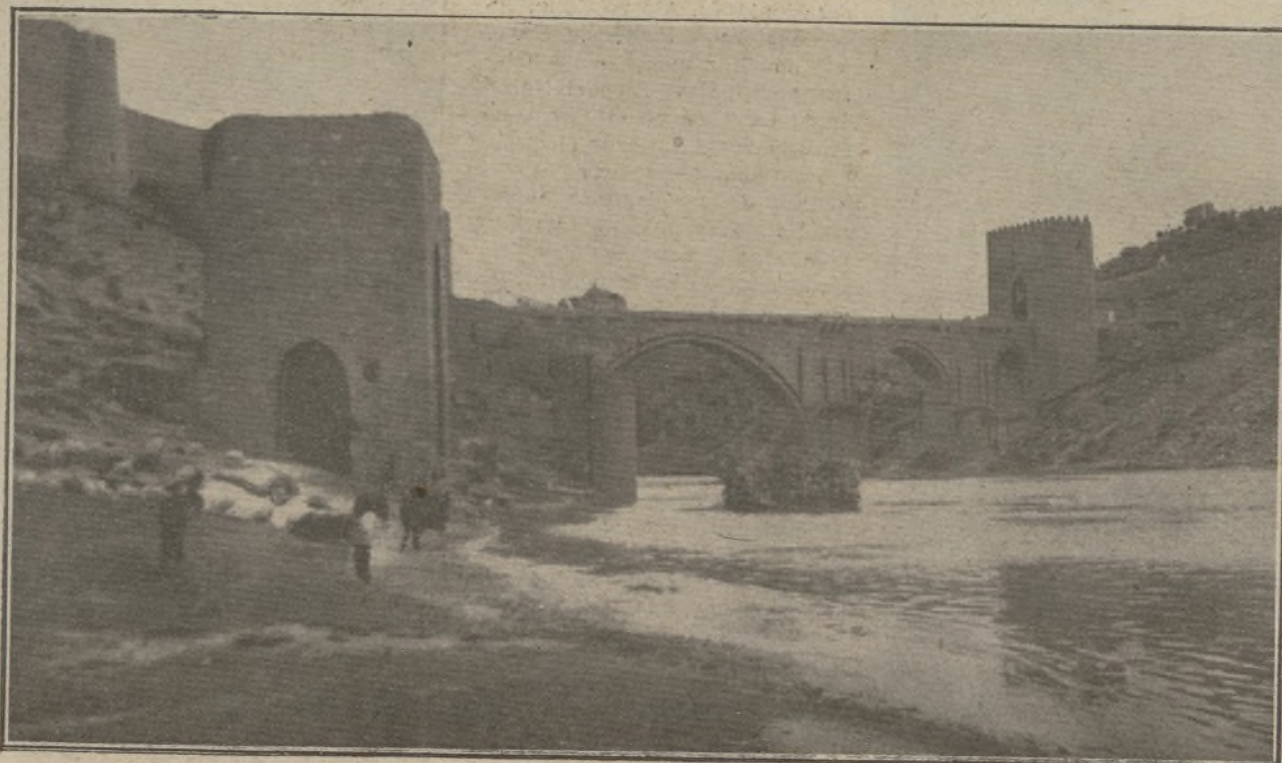
tanos parece el brañal, en cuyo fondo el Tajo deshace en espumas bravas el curso de sus aguas; más obra de titanes parece la ciudad, contemplada desde la orilla opuesta de los cigarrales.

No es blando y suave el clima, que la Naturaleza supo poner a tono las asperezas de estos pedregales y el temple recio de las gentes que los poblaron en todo tiempo, con las inclemencias del verano ardiente y del invierno frío. No son, pues, estos bellos rincones de

España refugio para ociosos y enfermizos, que encuentran, sin duda, mayores encantos en las comodidades hosteleras de Suiza, o en la estufa invernal de la costa Azul. El hombre, en estos alrededores de Toledo, no ha querido acomodarse a la Naturaleza ni falsearla; se ha contentado con vencerla, haciéndose tan grande como ella.

Si por estos cigarrales, cotos y dehesas entrara un hábil *maitre de hôtel*, explorador de turismo, podía organizar, a las puertas mismas de Madrid, una asombrosa industria para socafiar el dinero a los ricos. Aquí la caza montañesa se ofrece en tanta abundancia como los bandos de perdices; las manadas de toros bravos pastan en las orillas de los ríos; dulces frutos se ofrecen en los árboles. ¡Son, sin duda, estas cercanías bellísimos rincones de España!

MINIMO ESPAÑOL



Núm. 25.—Puente de San Martín (El baño de la Cava). Lema: Tajo.

No puede, en realidad, llamarse «bello rincón de España» a Toledo, la imperial, la soberbia, la mística, la soñadora, la compleja soberana del Tajo, que brama a sus pies, entre las quebraduras titánicas de piedras, que parecen simbolizar la aspereza y la reciedumbre castellanas. Toledo no es rincón olvidado o desconocido, lugar de apacible refugio, sitio donde no haya llegado el ajeteo y la inquietud y el desasosiego de las contiendas políticas y sociales. Toledo es capital todo lo populosa que permiten los montículos en que se asienta; centro que atrae a los espíritus andariegos y curiosos, y del que más salen numerosos extranjeros que los mismos españoles. Por coleccionar se encuentra la bibliografía extranjera de la ciudad de Wamba y don Rodrigo, y por reunir en antología cuanto de ella se escribió e imprimió en extrañas lenguas, que representaría, acaso, el mayor homenaje que pudiera rendirse al genio de Castilla.

Así, los lugares que a Teófilo Gautier le parecían juntamente convento, prisión, fortaleza y un poco harén, y de los que tantos bellos libros se han escrito, están muy distantes del homenaje que quiere rendirse en este Concurso a los lugares solitarios y misteriosos, donde la Naturaleza, más que la mano del hombre, combinó sus in-



# LOS ZAPATITOS DE PLATA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE RAFAEL URBANO

## I

### Pedagogía casera en la Restauración

A la cama, Pepito, que mañana tenemos que ir a Atocha.

Ante una orden tan terminante no tuve más remedio que recoger mis soldaditos de plomo, las casitas de cartón, abrazar a «Otelito», un perro precioso de Terranova que llevábamos o nos llevaba — no he podido saberlo todavía — a la Casa de Campos por las tardes, y acostarme.

¡Acostarme! Lo he dicho muy pronto. Mi madre era una pobre señora muy piadosa, muy señora de su casa y, además, completamente isabelina.

Hablo de mi infancia: del año 1876 ó 1877.

Lo más característico de mi madre era su condición de isabelina; condición que me hizo ser, andando el tiempo, un poco republicano, y ahora, sonriendo con un dejo de amargura y lleno de profunda emoción... un poco isabelino también.

Yo no podía desnudarme solo. Sabía hacerlo con gran prontitud, saltando los botones de las botas, desgarrando los ojales de la ropa y rompiendo los tirantes. Pero mi madre tenía que desnudarme todas las noches, porque quería saber si estaba bueno y limpio. Además, tenía que guiarme en los rezos, porque, si los sabía también, más que medio dormido en aquellos instantes, murmuraba palabras inconexas que hacían reír a los demás, pero que tenían, a los oídos de mi madre, el aire de todas las herejías imaginables. Rezaba mis oraciones de rodillas sobre la cuna, besaba mi escapulario de la Virgen del Carmen y después... Después venía la declaración de principios, que decía mi tío Ramón.

—Vámonos, Pepito, vámonos.

Yo me restregaba los ojos y me dejaba caer como un saco poco firme. Mi madre me colocaba en pie sobre las ropas, y yo, recogiendo aún dormido el embozo de la cama como si fuera a sacudirlo, gritaba con mi vocecita chillona y penetrante:

—¡Viva Isabel III! ¡Viva Alfonso XII hasta morir!

Y me metía bajo las

sábanas de repente, para no levantarme hasta la mañana.

Mi madre sonreía, sola o con sus amigas, lo que juzgaba una gracia mía, y salía de la alcoba maldiciendo indefectiblemente de los «facciosos», como se llamaba entonces a los carlistas, los partidarios del pretendiente, todavía un peñal para la reciente Restauración.

## II

### Un altar patriótico de entonces

La iglesia de Atocha, situada a la entrada del actual barrio del Pacífico, no lejos de la estación del Mediodía, era uno de los límites del Madrid de entonces. Construida para convento de los Padres Predicadores, bajo los primeros

reyes de la Casa de Austria, era un templo vulgar, grande y secamente castellano. La costumbre de acudir los reyes a rezar la salve, primero, los domingos, y después, los sábados, sostuvo el cariño tradicional del pueblo madrileño a la iglesia y al convento, célebre por haber albergado al confesor de Felipe III, el padre Aliaga, y al de Carlos II «el Hechizado», fray Froilán Díaz.

El prestigio de los padres dominicos, la consideración de los reyes, los privilegios sin cuento y los milagros sin término que adornaron y ensalzaron al templo y al convento en otros tiempos, eran, mucho más que reales y presentes, perfectamente históricos y pretéritos desde principios del siglo XIX. Los frailes, respetados en la degollina de 1834, fueron arrojados luego de su casa, y quedó el claustro a merced de nuevo destino. La iglesia siguió siendo un vínculo entre la Monarquía y el pueblo, asistiendo los reyes a la salve, velándose en los casamientos y visitándola en las grandes solemnidades. Pero lo que mantenía la cariñosa adhesión de las gentes al templo era: la devoción a la Virgen de Atocha, en primer término, y en segundo lugar, las virtudes curativas del agua de la fuente de Santa Polonia que, con sigilo y un secreto a medio guardar, se entregaba a los pacientes del estómago, a quienes curaba en efecto.

El templo y el convento reconquistaron todo su prestigio un poco después, elevándose ambos juntamente a un gran símbolo nacional.

El heroico defensor de Zaragoza, Palafox, reliquia viva de nuestra guerra de la Independencia, instaló el cuartel de Inválidos, hasta él desatendidos por la patria, en la antigua residencia de los frailes dominicos, y añadió, desde 1840, una nota más de simpatía a la popularidad del templo.

Como estaba entonces estaba bien, salvo la vetustez de la fábrica.

Era una fuerza espiritual que no ha reemplazado nada hasta el presente, y que no podrá reemplazarse de cualquier modo, porque había reunido en torno suyo la más alta glorificación de la patria, la





ciéndola tangible a las gentes: en el culto a los muertos, en la veneración a las reliquias y en la consideración al heroísmo que triunfara de la muerte.

Atocha, anticipadamente a lo previsto después a su derribo y a la traslación del culto a la iglesia del Buen Suceso, era ya el panteón de hombres ilustres que ha quedado ahora allí. Tenía, entre otros enterramientos, el del propio Palafox, los de Castaños, Concha, Doyagüe, Priim y Ríos Rosas. Mas a la exaltación de la patria que había en aquella consideración por tantos héroes y ciudadanos, añadía otra que entraba por los ojos, y era la lluvia de colores, encendidos unos y mortecinos otros, de sedas y brocados, ajadas aquéllas y envejecidos éstos, que caía desde lo alto de la iglesia, recorriendo el cornisamento, con las banderas de las glorias militares, trofeos de la grandeza española, no por más repetidos conquistados con menos sangre. Y finalmente, bajo aquellos símbolos fúnebres y guerreros, otros más vivos se agitaban y movían por el templo con el ruido de ciegos que se orientan por sendas desconocidas, o el de muebles que se trasladan de sitio. Eran los inválidos: héroes a medias por no haber muerto; admirados, sí, y ensalzados también; pero con un dejo de piedad contrario a la energía y a la furia que pusieron para escalar la gloria.

Cuando había que ver a aquellos hombres, arrastrando todo el dolor de cada uno y el de su colectividad, era al salir o al entrar en la iglesia, pasando por los claustros del gran atrio cerrado que existía ante el edificio.

Aquella Plaza de Armas de invierno, verdaderamente conventual, con dos grandes galerías bajas de techo, enlosadas con piedras inseguras, tenía el eco de los cementerios abandonados y daba resonancias hasta el frío a la irregular procesión de lisiados, organizada de dos en dos.

Uno de ellos, casi ciego, desmedrado, recordaba en su cara al duque de la Victoria. Llevaba, como Espartero, el bigote recortado y una «moseca» sobre el mentón. Otro remedaba al general Concha; otro más a Castaños, el héroe de Bailén. Cada uno, en fin, rememoraba a los generales de su época y parecía esforzarse en poner en su semblante la hoja de filiación y la fecha de su desgracia.

Los muertos no estaban muertos, y los vivos parecían representarlos, ofreciéndolos como eternizados.

Familiarizado yo con los rostros de los verdaderos héroes, por los retratos, los dibujos y las animadas descripciones de los mismos que había oído y escuchado en mi casa y en otras partes; ignorante aún—¡dichosa edad la de entonces!—de lo inexorable y retirado de la muerte, creí por mucho tiempo que aquellos desgraciados y gloriosos inválidos, ignorados hoy como en sus días, eran los propios héroes a quienes se habían erigido los monumentos fúnebres por puro entretenimiento.

Qué desencanto cuando supe la verdad, y qué tentación de risa cuando pensé que podía haber dicho a cualquiera:

—¿Pero usted no es Fulano? Yo que creía que estaba usted enterrado allá abajo... Vamos, que tampoco estaba enterrado, pero que ese sepulcro era el suyo...

### III

#### El Santísimo Cristo

Fuimos a Atocha por la mañana temprano. Era el aniversario de la muerte de mi padre, y mi madre, en semejante día, acostumbraba a oír misa, comul-

gar y visitar a la señora de Soto, una parienta lejana que residía en el cuartel de Inválidos por tener pabellón su marido, capitán de Cazadores, ascendido en una acción de la guerra civil.

Entramos en el templo, y mi madre me volvió a enseñar el gracioso cuadro que, a la entrada, representaba a Isabel II con el príncipe Alfonso, vestido de cabo, presentándole a la Virgen.

Confesó mi madre, se acercó luego a conculgar, y cuando volvió a mi lado, viéndome, de espaldas al altar mayor, contemplando una urna colocada a cierta altura de la pared, reprendió mi irreverencia, interrogándome con santo enojo:

—¿Pero qué estás haciendo, Pepe? ¿No ves allí a la Virgen?

Se dió cuenta de mi curiosidad y, levantándose entonces en alto hasta la urna, me dijo:

—Anda, besa al Señor.

Lo que pasó por mí cuando me hallé frente a la imagen no he podido saberlo jamás. Sé que me encontré luego en el pabellón de los de Soto, rodeado de ellos, de mi madre, de algunas señoras y señoritas, hijas, esposas y parientas de otros inválidos, y del confesor de mi madre, un anciano sacerdote que llamábamos don Faustino.

—Pero, tonto. ¿Qué te ha pasado, Pepito?

Yo permanecí callado mucho tiempo, pero dándome cuenta de cuanto me rodeaba. Mientras, me hicieron oler un poco de éter, me aplicaron a las sienes unos paños con vinagre y, por fin, prorrumpí a llorar, víctima de la vergüenza que me daba tan extraño estado, más que de ninguna dolencia.

—Aire, aire. Aire es lo que necesita ese niño—dijo enérgicamente don Baldomero Soto; y abriendo la ventana, que daba al hermoso olivar anejo a los pabellones, hizo que entrara una ráfaga saturada de fresco y ligeramente húmeda.

Empujado a la ventana, me quedé mirando el paisaje, mientras los demás se desatendían de mí, confiados en el método aeroterápico del capitán, que en verdad produjo su efecto, pues muy pronto estuve tranquilo y dentro de mi normalidad corriente.

Desde aquella ventana se veía todo lo que domina el cerro de San Blas. «Eso es el centro del mundo», me dijo cierta vez una niña de aquellas que entraban en el pabellón de los de Soto. Y yo, desde entonces, miraba y miraba «el centro del mundo», sin comprender qué valor podía tener un centro del mundo para designarlo de una manera tan enfática y al mismo tiempo con el aire de misterio que lo hacía la niña Eloísa. La mirada no encontraba otro reposo que el olivar y el huerto vecinos al cuartel. Los olivos, no muy altos, redondos, como cabezas rapadas por la ordenanza, semejabán un regimiento en marcha. Ofrecían todos los matices del verde, desde el sucio y polvoriento hasta el más cerca del amarillo ajado y sin lustre alguno. La impresión que daba el olivar era la de un grabado antiguo, iluminado a mano por un chico que tuviera un sentido elemental del color. El cielo mismo, un poco sucio aquel día, recordaba un cuadro que, pintándose aún, hubiera sido borrado para pintarlo de nuevo; y los largos estratos de unas nubes deshechas en larguísima filamentos, remedaban las huellas de un barriido precipitado y enérgico por no haber satisfecho el trazo primitivo.

Aquel día no era el cielo de Madrid, ese cielo azul donde las nubes, tomando las formas más caprichosas y artísticas, hacen creer en una ascensión ce-

leste de los mármoles clásicos, y en soberbio desorden y la mayor confusión se ofrecen las esculturas más célebres, pero talladas y cinceladas por gigantes.

—¿Se te ha pasado, Pepito?

Con los ojos debí contestar que sí. Pero en seguida recuperé el tiempo que me faltaba desde la mirada a la urna a la subida al pabellón, y volví a sentir, o sentí entonces, el terror que la visión me produjera.

Fué como un segundo terror, sufrido desde lejos y lleno de la voluptuosidad de lo seguro, como admiramos lo sublime de la tempestad desde las vidrieras de casa.

Aquella sola vez he visto en mi vida la terrorífica urna, y al cabo de tantos años, ya cerca de medio siglo, podría dibujarla sin omitir ni un detalle, y eso que debí mirarla muy poco tiempo. Grande, sencilla, rematada por un cope-te que era un cáliz soportando un zapato de plata, contenía la cabeza gigantesca, enorme, exangüe, de un Cristo con los ojos abiertos, desmesuradamente abiertos, angustiosos y suplicantes hasta la desesperanza, como las pupilas de un naufrago sin consuelo.

La trágica cabeza, a cercén, sentada sobre el cuello, tenía al lado una mano degollada, recta, en pie sobre la muñeca.

Yo debí creer contemplar un enterrado por fuerza que se resistiese a morir anticipadamente y quisiera escapar del imperio de la muerte arañando el cristal del sarcófago que lo encerraba.

Los sepultados en vida deben tener un gesto como ese Cristo de Lucca o Santísimo Cristo del Zapato, actual propiedad, como siempre, del Real Patrimonio.

—Ven acá, hombre; ven acá. De manera que te has asustado?—dijo, atrayéndome cariñosamente, don Boni, la señora de Soto.

—Y es para asustar a cualquiera esa imagen—interrumpió el inválido—. Si parece que está sintiendo aún las llamas de cuando lo quemaron los franceses.

—No, mi capitán—reconvino dulcemente el sacerdote—. El santo temor de Dios está bien para preservarnos del pecado; pero no hemos de sentir miedo ni horror ante su presencia, ni sus imágenes. El niño está en ayunas y ha sentido sencillamente un desmayo. En cuanto tome su refrigerio quedará bien.

—Don Faustino—interrumpió la de Soto—, ¿eso es pedirnos el chocolate?

—Doña Boni...

—Nada, nada, señor tragón; sepa su reverencia que hace una hora que está hecho. A ver, Manolita, el chocolate, los volados y las servilletas que están en el cajón de abajo. Usted querrá su agua de Santa Polonia, ¿no es verdad?

—Sí, señora.

—Oiga usted, don Faustino—dijo con timidez una de las señoritas—, ¿y es verdad que ha sido quemado ese Cristo?

—¿Pero no lo sabe usted, hija mía?—contestó el capellán, arreglándose para dar cuenta del desayuno—. Mire usted lo que se conserva en la urna: es lo que pudo recoger del fuego una buena mujer, cuando los soldados de Napoleón quemaron al Cristo, en la orgía que tuvieron en la iglesia, convertida por ellos en cuartel de Caballería.

—¿Qué atrocidad!

—Pero sería un Cristo muy grande—indicó mi madre.

—Sí, mi señora doña Carmen—prosiguió don Faustino, acometiendo ya al chocolate—. Era un Cristo de más de tamaño natural. Lo envió a esta iglesia, en el siglo pasado o antes, un embajador italiano, agradecido a Nuestra Señora de Atocha por ciertos favores recibidos.

Tomó una sopa y prosiguió:

—Para que el regalo fuese completo y digno de la Reina de los cielos, dispuso aquel fervoroso embajador que la imagen fuera copia fiel del Santo Cristo de Lucca, una población de Italia donde se venera el original en uno de sus más celebrados templos. Y la imagen vino a España ricamente vestida, con una túnica preciosa, un estolón de brocado y calzada en sus dos pies con sendos zapatos de plata.

—¿Enclavado en una cruz y con zapatos?—interrumpió don Baldomero con extrañeza.

—Mire usted, mi capitán—contestó el sacerdote con trabajo por el mucho que le daba la pregunta y una sopa que le cayó en el pocillo—, francamente—y respiró con fuerza—, pues no lo sé. Es posible que le entrasen nada más, sin calzarios por completo. Pero vamos a lo que sigue. Instalado en la iglesia, el pueblo pasó a admirar el valioso donativo y a elogiar la riqueza de sus prendas, despertando todo ello gran devoción a la imagen. Y sucedió que un pobre necesitado acudió ante ella en demanda de socorro para remediar su miseria, recibiendo del mismo Cristo uno de sus zapatos. La vendió luego y se remedió en seguida; pero acusado de robo iba a ser castigado, cuando invocando al Cristo por testigo, ante los jueces la misma imagen desprendió su otro zapato en contestación a la pregunta, y acreditado el acusado, fué puesto en libertad.

El segundo zapato quedó en la iglesia sobre un cáliz para eterna memoria, y fué robado por los franceses cuando arrojaron el Cristo al fuego en el año ocho. La historia... ¿No se habrá olvidado de mi agua de Santa Polonia?

—No; pero siga usted, don Faustino.

—Pues, nada más. Después de haberlo quemado los franceses, una bendita mujer, como he dicho ya, pudo recoger la cabeza, una mano y un pie, y eso es lo que se guarda en la urna, donde hay, además, una relación de todo esto... ¿Pero quiere usted darme el agua, don Boni?

—Voy, don Faustino; voy en seguida.

—Es muy curioso lo de los zapatos de plata—apuntó el capitán.

—¡Oh, muy curioso! Entregar primero el uno y después el otro—dijo, reflexionando y espaciadamente, el sacerdote.

—No—rectificó el inválido—. Yo me refiero a la ocurrencia de ponérselos.

—¡La ocurrencia!... Mi capitán, ¡qué palabra!

—¿Sabe usted, señor cura, por qué se los pusieron?

—¡Hombre, no!—contestó, asombrado.

—Pues yo lo sospecho; pero dejemos esto para otro día...

Doña Boni palideció y levantó los manteles más que de prisa.

Mi madre me tomó de la mano y salimos a ver el comedor de los inválidos.

Por la escalera, encarándose conmigo, dijo:

—Vaya un disgusto que va a tener la pobrecilla, por tu culpa.

### IV

#### Monna Beleta

Un precioso artículo de Salomón Reinach, en *L'Antropologie*, del año 1903, consagrado a estudiar el extremo reparo de no enseñar los pies las mujeres en España e Italia en otro tiempo, me llevó, al catalogar tan curiosas noticias, cerca de la leyenda del Santo Cristo de Lucca.

—Oiga usted, tío Ramón—dije, de pronto, extrañamente impulsado, entrando en su habitación—, ¿qué fué de los de Soto?



—¡Hombre! ¡Te acuerdas de ellos!—exclamó, animándose por aquella evocación a su pasado, y dejando sobre el bufete el periódico que tenía, continuó, entre entristecido y contento—. ¡Pobrecillos! Hace muchísimo tiempo que murieron. ¡Cómo te quería la Boni! ¡Y qué real moza era! Don Baldomero murió loco, y Boni acabó sus días en casa de don Ordoño, el de Peñafiel, aquel boticario que enseñaba a los danzantes en Campo Real y que sacó patente por la invención de unas trabas para las caballerías, que eran unas trenzas abrochadas con carrete. ¡Qué gracioso y qué imbécil era aquel sordobrujo de nacimiento! ¡Ja, ja, ja!...

—¿Pero los de Soto no se llevaban bien?

—Sí y no — contestó gravemente mi tío—. En apariencia, se querían como todos los matrimonios después de muchos años; pero en la intimidad doña Boni sufrió durante toda su vida un tormento horrible. Baldomero se casó con ella enamoradísimo, porque era guapísima (ya te acuerdas tú) y muy discreta; pero no la perdonó nunca la conducta de su madre.

—¿Por qué?

—Porque supo después de casado quién fuera su suegra. «Un Soto—decía él—emparentar con una familia de adulteros sacrilegos!» Y esa obsesión le llevó a la locura, después de luchar con ella catorce o quince años. La misma Boni no supo su origen hasta después de casada y archicasada. Vino con su abuelo entre los servidores que trajo la reina Cristina, cuando llegó a España para casarse con Fernando VII. Era hija de una bella «contessina» que, arrastrada por una pasión criminal, fué asesinada por su esposo de una manera trágica allá en Roma, de donde era oriunda. Su padre fué un escultor de extraordinario mérito, muy solicitado por las iglesias y los conventos.

Y mi tío calló un instante.

—Fué una tragedia espantosa, muchacho—añadió como si estuviera contemplando en la pared las escenas que iba evocando.

Los amantes de Monna Beleta — de Isabelita, que diríamos nosotros — eran muchos; pero dos, principalmente, se disputaban con más vehemencia la posesión exclusiva de tan soberbia belleza. El uno de ellos, negociante acaudalado, señaló anónimamente al otro, que era nada menos que un inquisidor. De sobre aviso el marido por el anónimo, acechó y espió inútilmente a la infiel, no dejándola salir del taller, donde él hacía precisamente un Santo Cristo por encargo del mismo inquisidor.

Y sucedió, que queriendo dar los últimos toques a la imagen, el escultor salió muy de mañana y con el mayor sigilo al estudio, guiado por la fiebre de su ideal artístico, eternamente perseguido sin alcanzarlo. ¡Quién le había de decir que lo que tanto temía dejar en su casa lo habría de encontrar allí, en el santuario de su verdadero culto, profanado con todas las profanaciones que el rencor más concentrado y diabólico pudiera imaginar.

Cuando entró, el rico judío saltaba por la ventana, dejando cobardemente a la zafiel sin defensa ante la furia del ultrajado.

Un perfume acre y capitoso llenaba la estancia.

Monna Beleta, alhajada para una noche de amor, inmóvil, pálida, marmórea, suelto el cabello, alzado el rostro y firme su insultante mirada, recibió al escultor, escupiendo su renuncia a la vida.

—Pues bien; ¡mátame!

—¡Vístete!

Monna Beleta se encogió de hombros,

y su desdén altanero rompió la serenidad del maestro, que arrojándose sobre ella la cosió a puñaladas.

La mujer recibió la muerte como fué a buscarla, y ocultando la cabeza entre los brazos quedó sobre el diván.

El maestro permaneció de rodillas junto al cuerpo, estrujando las tibias carnes de la muerta, hasta que, frías, le devolvieron la conciencia y le hicieron conocer su delito.

Por el ventanal del estudio entraba la luz, y Monna Beleta tomaba más y más la apariencia de una estatua. La luz y la muerte le daban ese brillo de las figuras de cera: el brillo de las gentes asesinadas. El maestro, contemplándola, paseó blandamente su mirada por aquellas moribundas blancas, tan amadas antes, y las lavó luego, haciéndolo como si modelase una nueva figura. Sin quererle su conciencia moral, acomodada al honor y a las leyes, obedeciendo, sin que él lo quisiese, a una moral más elevada, quería revivir lo muerto y plasmarlo, bajo la fiebre de lo subconsciente, en una abstracción de todo, en el éxtasis de un remedador de Dios, dulcemente las curvas, rebeldes ya al cimbrado y la permanencia, al no servir al espíritu.

Rendido, agotado ante un inútil trabajo, a medida que la muerte tomaba su revelación en el cadáver, se erguía poco a poco en el maestro escultor la conciencia del crimen.

¡Ah! Si la hubiera visto antes, quizá no la hubiese matado.

Nunca el arrepentimiento ha debido conmover las entrañas de un delincuente como entonces. La justicia, la moral y el arte le acusaban y condenaban dentro de su conciencia, dentro de él mis-

mo, sin dejarle un refugio donde llorar esas lágrimas con que el crimen pide treguas al castigo.

«¡Pero he sido engañado!» — pensó—. Y él, que era una reencarnación de otro artista del Renacimiento, cincelando su desquite en la «vendetta», revivió las pretéritas venganzas de la raza con las barbaries del macho y las crueles minuciosidades de la hembra.

Imaginó engalanarla para la muerte. Y vistiéndola como una dogaresa en su triunfo, adornándola con las mejores preseas, la calzó, en fin, unos zapatos de plata, que al caer los pies en el pavimento resonaron cantantes uno con otro como una barra de metal que chocase contra un mármol.

De pronto, llamaron reciamente a la puerta.

Cubrió de prisa el cadáver con una sábana y abrió.

Era el inquisidor.

—¿Habéis terminado ya la obra, maestro?

—Está ya terminada, su reverencia.

Echó el inquisidor una mirada en derredor del estudio, y fijándose en la sábana recién extendida, dijo con gesto malicioso:

—Maestro, ¿ha puesto usted zapatos al Cristo?

—¡Ah, reverencia!—contestó, sin inmutarse—, verdaderamente no hay un medio mejor de defender de las ratas unos pies tan estimados.

Y levantando el lienzo mostró el cadáver de Monna Beleta, añadiendo aún:

—¿No es verdad, su reverencia?

Rafael URBANO

Ilustración de BARTOLOZZI.

## LA ITALIA OLVIDADA

# CIVITA-VECCHIA

UNA mañana neblinosa y triste, de esas en que amanece sin crepúsculo, después de contemplar en larga extensión, a través de los empañados cristales del vagón, sobre los que lagrimeaba la lluvia, fría, menuda, persistente y monótona, la abrumadora desolación de los campos romanos, me detuve ante Civita-Vecchia. La vieja ciudad, que parece hundirse en su pasado, en las primeras horas de aquel día, en el que faltaba el milagro luminoso y vibrante del sol, era un angustioso pleonismo viviente: la tristeza asomábase a la tristeza. Todo se recogía en el misterio de su gloria pretérita y en el silencio en que se deshace cuanto vive a hurto de los humanos recuerdos. A través del agrisado manto de llovizna, descubriáanse los abandonados palacios, las desiertas casonas, los inútiles castillos que han ido derrumbándose en escombros, y de sus piedras desencajadas, de sus sillares carcomidos, de sus bóvedas agrietadas, nacía viva llama de unción, acaso sólo por el influjo de lo que fueron.

En Civita-Vecchia todo parece estar abandonado o desdénado; todo aquello que es el testimonio vivo, la prueba fehaciente de una vida que pasó y que dejó un espíritu aún más fuerte que los recios muros y las sólidas arcadas que el tiempo ha carcomido y derribado sin respetar su belleza ni su arte. Sobre la ciudad entera flota el alma que la alentó en sus empresas y fué faro de sus días gloriosos, cuando ante su puerto anclaban los navíos que habían cruzado el mar latino, y dentro de sus murallas pululaba la mercenaria soldadesca, pronta a combatir. El alma de su pasado no la

deja ser nada en su presente, porque la aprisiona a sus recuerdos y hasta, a veces, la hunde en el abismo de sus memorias.

Las viejas ciudades italianas, recogidas y, a veces, perdidas en bellos rincones, a los que no alcanza la tumultuaria existencia actual, conservan inéditos sus recuerdos históricos y tienen todo su sabor peculiarísimo y su ingénito misterio; son como las viejas ciudades castellanas a las que no llega el camino de hierro y la carretera es casi intransitable, polvorienta y llena de baches; en ellas la historia de Castilla, de aquella Castilla de doña Isabel «la grande» está aún viva; cada piedra es como un romance que llega hasta nosotros engrandecido y ennoblecido por el tiempo; cada uno de los nombres con que se señala y conoce un trozo de tierra es algo palpitante, lleno de majestad y de belleza, de encanto y de misterio. Pasan los días, se suceden los meses, transcurren los años, un siglo se monta sobre otro siglo, y aunque el tiempo todo lo deshaga en polvo, siempre queda el espíritu, el alma que vaga y flota sobre la ciudad...

En esta parte de Italia, en aldeas, en villas, hasta en ciudades, yacen, enterrados en olvido, los rasgos más sintomáticos, los signos más elocuentes, las características más firmes, cuanto confluye, en fin, a formar el contenido ideal de una nación. El testimonio de los días que pasaron, no sólo está latente en las salas de los museos o entre empolvados pergaminos en las bibliotecas, vive también entre las piedras de las ciudades, bajo las arcadas de una casona o las bóvedas de un castillo. Civita-Vecchia, con su si-

lencio prócer y su empaque hidalgo, con sus muros renegridos y sus edificios agrietados, es un trozo vivísimo de la historia de Roma y de Italia, de los pontífices y de los reyes. Al contemplarla, se siente algo así como si envuelto en el polvillo dorado de sus siglos de gloria se acercara a nosotros su medioevalismo encantador y espléndido, al mismo tiempo que la mirada se llenara de eternidad. Del mando de los césares se conservan vestigios; del poder de los papas son prueba las fortificaciones, que aún parecen desafiar, altivas, a los barcos que cruzan aquella parte del mar Tirreno; de la prepotencia de los reyes, en el correr de los años, no quedaron mas que edificios abandonados o en escombros. La ciudad de Urbano VIII, la que en parte se construyó con planos de Miguel Angel y que hoy yace enterrada en olvido, sólo tendrá en la memoria un puesto como el que tiene en el momento presente el «Cantum Celso» de Trajano.

Si todo se transforma y se sucede; todo se deshace y, al fin, muere; pero lo que se vistió de antigüedad, lo que ya ha dado la espalda a la espalda del tiempo, lo que tiene sabor a romance y ambiente eterno, desafía los años y los siglos. Todo en polvo se desmoronará, y sobre ese polvo alentará la Historia; la ciudad entera podrá desaparecer; pero cuando se visite, cuando se contemplen las piedras de sus murallas caídas y en desorden, a la memoria vendrán, con la gloria que merecen, los nombres de Urbano VIII y de Miguel Angel como algo siempre vivo e imperecedero.

En aquella mañana neblinosa y triste, la vieja ciudad del mar Tirreno más que nunca parecía abandonada. Por sus calles medioevales, tortuosas y estrechas, llenas de charcos por las depresiones del pavimento, azotadas por la lluvia, no transitaba nadie; las puertas de sus edificios, graves, austeros, aparecían cerradas, y tras el envidriado del balconaje de sus casonas no se veía persona alguna. La vieja ciudad parecía, realmente, abandonada. Se sumaba a que se creyera así su puerto sin tráfico y su ciudadela sin soldados... Todo estaba quieto y en silencio, y de aquel silencio percibía el visitante, sonoramente, la voz gárrula y exaltada del pasado, que era algo así como si el corazón latiera al influjo del eco íntimo de su leyenda...

Civita-Vecchia fué el más recio baluarte de la Roma de los papas, desde la época de Urbano VIII hasta que el pontífice se tuvo que recluir en el Vaticano. Su tierra, es cierto, no retumbó con el fragor de enconadas luchas ni de empuñadas batallas; los enmohecidos cañones de su ciudadela, desde que fueron puestos sólo han hablado en muy contadas y solemnes ocasiones; sus murallas han sentido pocas veces las estruendosas detonaciones de las armas de guerra. Sin embargo, Civita-Vecchia vive unida a la historia de Roma, y más aún a la historia de los papas, como jefes de un Estado. En ella se concentraba la fuerza en el concepto militar, en el administrativo y, en parte, hasta en el político. A su puerto llegaban hajeles que conocían todas las tierras y habían surcado todos los mares; por sus calzadas transitaban muchos millares de creyentes de muchos cientos de peregrinaciones; en sus «albergos» se recogían cuantos iban a la Ciudad Eterna para lavar sus culpas, dominados por la sublime idea de la muerte y su necesario complemento: la idea de la eternidad...

Pero aún hoy su esqueleto abraza los tres hemisferios del tiempo: el mundo antiguo, el mundo cristiano y el mundo moderno; aún hoy, siendo la tumba de su propio pasado, es arco de triunfo para el que sabe mirar las cosas con los ojos del alma, porque de sus piedras des-



encajadas, de sus muros en escombros, de sus palacios desiertos, de sus caserones abandonados, nace luz para el espíritu con el prestigio de sus recuerdos.

Civita-Vecchia, como toda Italia, como toda tierra en que se realiza el milagro del arte, remueve las más profundas emociones clásicas. Si la vieja ciudad de los Estados romanos perdió su esplendor desde los años de Pío IX, no por eso, al pisarla, dejaron de venir a la mente los versos que Virgilio puso en boca de los compañeros de Eneas, mientras contemplaba su abrumadora desolación una mañana neblinosa y triste...

Luciano DE TAXONERA

Se ha puesto a la venta  
**LA NOCHE MIL Y DOS**  
novela nueva de

Francisco Camba  
Preciados, 46 y en todas las librerías  
5 pesetas

## LIBROS RECIBIDOS

*Disciplinas de amor*, por J. Aguilar Catena.—La aparición de esta novela debe ser considerada, con estricta justicia y sin hipérbole de ninguna clase, como uno de los acontecimientos literarios más importantes de estos últimos tiempos. Ya la alta crítica literaria, por la pluma de insignes escritores, la ha proclamado así. En efecto; *Disciplinas de amor* coloca a J. Aguilar Catena, autor de otras novelas de altísimo mérito, entre los primeros de nuestros novelistas contemporáneos. Es una obra de toda belleza, llena de perfecciones. Por el pensamiento, tan fuerte y seguro; por el procedimiento, tan sencillo y cautivante; por el asunto, tan real, tan vivo, tan humano, tan lleno de interés; por la honda lección moral que va grabando en el espíritu a través de sus páginas; por la descripción psicológica de cada uno de sus personajes, y, finalmente, por la belleza del estilo, de una encantadora y perfumada so-

briedad. Libro es éste claro y limpio, como el más puro manantial, que tanto como enseña, emociona y deleita. Su lectura es un hondo placer espiritual.

*La parte en el otro mundo*, por Max Nordau.—Las bellísimas narraciones recopiladas en este libro, novelas breves de incomparable vigor y hondo pensamiento, pueden ser consideradas como obra póstuma del glorioso escritor judío, tan ligado a España por fuertes lazos de afecto y su noble ascendencia sefardí. Max Nordau, la hija del insigne pensador, y Rafael Cansinos-Assens, nuestro estilista sin par, han traducido del alemán esta obra, tan llena de belleza y del más elevado valor espiritual.

*Cascabeles de plata*, por Eduardo de Ory.—En esta hermosa colección de poesías, en la que destacan composiciones de imponderable mérito, Eduardo de Ory confirma sus grandes dotes de poeta, de poeta vigoroso, noble y sugestivo, rico de pensamiento y de una vehemencia es-

piritual, en ocasiones, que eleva a las más altas cumbres el vuelo de su inspiración.

## EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Sagasta, 14.—MADRID—Apartado 502

Últimas publicaciones de gran éxito:

|   |          |
|---|----------|
| JOSÉ FRANCÉS:   | Pesetas. |
| Dos hombres y dos mujeres, novela.                          | 5        |
| GUTIÉRREZ-GAMERO:   |          |
| El corregidor de Almagre, novela.                           | 4        |
| HERNÁNDEZ CATÁ:   |          |
| Una mala mujer, 2.ª edición, novela.                        | 5        |
| PÉREZ DE AYALA:   |          |
| A. M. D. G., la vida en un colegio de jesuitas, novela..... | 5        |
| VERLAINE:   |          |
| Carlos Baudelaire.....                                      | 4        |
| GUIDO DA VERONA:  |          |
| Yvelise, novela.....  | 5        |
| YESARES:  |          |
| Manual del mecánico electricista..                          | 5        |

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES

Concesionarios de venta: RIVADENEYRA

GRAN VÍA, 8 Y 10

# CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado


## UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.—Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



## ULTIMA NOVEDAD DE PHILIPS



### ARGENTA

Luz mas hermosa y más decorativa para el comercio, casinos, particulares, etc

Al por mayor: **ADOLFO HIELSCHER, S. A.**  
Almacén de material eléctrico  
MADRID: Calle del Prado, 30.—BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

---

**MOTOCICLETAS** ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

### ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

---

## QUIOSCO DE EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ  
ESQUINA A BARQUILLO

Se admiten anuncios, suscripciones y reclamaciones

# BAÑOS DEL NORTE

Jardines, 16

ESTABLECIMIENTO HIDROTERAPICO, ABIERTO TODO EL AÑO

Aduana, 25

**Baños especiales de este Establecimiento:** Baños perfumados de rosa, violeta, lavanda, colonia, en sales apropiadas y con ropa afelpada, 5 pesetas.—Baño y ducha estimulante neuro-tónico, serie de diez, 35 pesetas.—Baños populares de cinco a ocho de la mañana y de dos a cuatro de la tarde, serie de diez, 10 pesetas.—Duchas frías, en cualquier aparato, 1,50; por abono desde diez, 1,25; por abono desde treinta, 1 peseta.—Duchas escocesas, calientes, alternas y orientales, 2,50; por abono desde diez, 2 pesetas.—Duchas de vapor, 3,50; por abono desde diez, 3 pesetas.—Servicio de ropa: sábana y toalla lisa, 0,25; afelpada, 0,50 pesetas.